1

19 de abril,2001
La calle
Diario de un espectador
¿Dónde estás, hermano?
por miguel ángel granados chapa

Todavía se exhibe en cinco salas, en los cuatro puntos cardinales, la película más reciente de los hermanos Coen, una inteligente y divertida farsa que además de contar historias personales nos adentra en el ambiente social y político de los años treinta en el centro de los Estados Unidos.
El humor comienza al anunciar que se trata de una adaptación de la Odisea, de Homero, con la que efecto la ligan algunos tenues lazos, entre ellos el nombre del protagonista y algunos excelentes episodios.
El papel principal, interpretado por George Clooney, corresponde a un Ulises que iba por el mundo tomando el pelo a la gente antes de caer en prisión. Se hacía pasar como abogado, o como cualquier otra cosa, con tal de sostener a su numerosa familia, una esposa sumisa y media docena de hijas pequeñas. Ya se verá que su prisión es aprovechada por la desolada mujer para deshacer en los hechos el vínculo matrimonial, engañando a las niñas con la noticia de que su padre ha muerto, arrastrado por un tren.
En la cárcel se le condena a trabajos forzados. Encadenado a dos de sus compañeros, pica piedra bajo la atenta mirada de vigilantes no muy eficaces, pues de pronto el trío formado por el azar consigue huir, a pesar de que sus personalidades son incompatibles y lo son en mayor medida sus cuerpos, atados por cadenas que finalmente lograr romper al llegar a la finca del primo de uno de ellos. Casi los mata un chiquillo que tiene instrucciones de disparar contra todo extraño, considerando que casi seguramente se trata de un representante del banco acreedor. La historia ocurre durante la cruda secuela de la Gran depresión, en que un gran número de granjeros perdieron sus tierras, y procuraban impedir los embargos a como diera lugar. Precisamente al estar en la miseria por causas semejantes-- esa es su justificación--, el pariente que recibe a los tres prófugos da aviso a las autoridades carcelarias, que se presentan de improviso para recapturar al trío, que sin embargo lograr escapar de nuevo.
Entre muchas, dos peripecias merecen ser narradas. Ulises ha engañado a sus compañeros fingiendo que fue detenido no por estafar a incautos sino por haber robado un banco, cuyo botín está enterrado en un sitio próximo a su casa, un predio que está a punto de ser inundado para formar una presa (cuya construcción forma parte del plan de obras públicas con que el Presidente Roosevelt reanimó la economía). Por eso deciden seguir juntos.
Así que juntos se topan con un trío de hermosas mujeres, de voces

Plaza pública

para la edición del 6 de septiembre de 1994

Todo es posible en la paz

Miguel Ángel Granados Chapa

La propaganda priista, y la que lo es sin decir su nombre, asegura que los mexicanos que votaron por el PRI lo hicieron por la paz. Se han olvidado de agregar que esa paz, con todos sus matices, no viene sola. La acompaña la corrupción. O, para decirlo con benevolencia, la irregular satisfacción de los intereses que hicieron posible la victoria de esa clase de paz.

Por ejemplo:

El secretario de finanzas del partido gubernamental, candidato triunfante en la elección senatorial del estado de México y, para deshonor de la Fundación UNAM, todavía presidente de la misma, era director de Nacional Fínanciera cuando se gestó allí el colosal fraude perpetrado por el Grupo Havre. Su firma, en tal carácter, calza un convenio signado también por Julio Mariscal, El Bache, presidente de ese Grupo que creció al amparo de concesiones gubernamentales, financieras y de servicios. Ambos suscribieron un convenio que abrió, el 14 de febrero de 1992, una línea de crédito por cien millones de nuevos pesos, ampliado dos veces hasta por doscientos millones de nuevos pesos cada una. Es decir, quinientos millones de nuevos pesos, casi cuatrocientos de los cuales fueron ejercidos por Havre, mediante la creación de empresas fantasmas. Esta modalidad fue

cantarinas y seductora belleza que los atraen con sus encantos. Allí no valieron tapones de cera que impidieran caer en la tentación. Cayeron gozosamente en ella, pero al final del episodio falta uno de los tres y en su lugar aparece sólo un sapo, como si un encanto hubiera reducido al prófugo a esa condición animal. Luego se sabrá que le había ocurrido algo peor que ser transformado en batracio, pues fue recapturado y ofreció datos a los carceleros para localizar a sus compañeros.

Ese desenlace fue evitado por un lance de fortuna, que comenzó con una estafa al estilo de Ulises. A mitad de la nada se encontraron con una incipiente estación radiodifusora, cuyo propietario era ciego y grababa a los aficionados que allí se presentaban. Acompañados por un guitarrista negro caído del cielo, los prófugos improvisan una canción que se convierte en un éxito. Pero aunque se les busca afanosamente, nadie encuentra a Los calzones calados, como dijeron llamarse los cantantes capaces de enloquecer al naciente público de la radio y de la industria gramofónica. Colocados por su triunfo en el centro de una campaña electoral en que un candidato es peor que el otro, la película tiene el mismo final feliz de la odisea de Ulises.

Carpizo, quien lo rodeó hace un mes por un consejo editorial cuyas contribuciones prácticas al diario no ha sido especificadas. Desprovisto del suculento apoyo financiero de que dispuso en la primera mitad de este sexenio, cuando lo dirigió José Carreño Carlón, el diario había venido claramente a menos en todos los órdenes, salvo en su persistente afán de torcer su vocación siendo órgano de un grupo y no del Estado como, aunque ya resulte un anacronismo, debiera ser.

Ibarra Ramírez anunció que no escribirá artículos mientras sea director del diario gubernamental, y al hacerlo sintetizó su credo: "Para que el ejercicio institucional de esta casa periodística sea equilibrado, imparcial, democrático y plural, para que no se confunda con mis puntos de vista individuales, he de abstenerme de formular juicios de valor en los espacios que ocupaban mis artículos de opinión".

cajón de sastre

Murió, el lunes pasado, el licenciado Salvador Pliego Montes, un servidor público nacido en Michoacán, estado del que en más de una oportunidad buscó ser gobernador. No habiéndolo sido, se desempeñó durante más de un sexenio como Procurador del Consumidor y luego como procurador social del Distrito federal, cargos ambos en que pionero. Sufrió en una oportunidad una falsa muerte, a cuyas sensaciones gustaba referirse. En realidad, su primera dolencia mortal le fue inferida cuando se ilusionó con la idea de gobernar en su tierra natal. Hace veinte años era director de fomento cooperativo, en la Secretaría de Industria y Comercio